

## Lección XX

24 de mayo de 1967

Voy a intentar hacerlos entrar hoy en este arcano, que por ser trivial en el psicoanálisis no es menos arcano, a saber, esto que encuentran ustedes en todos los virajes: que si el sujeto analizado, si el sujeto analizable, adopta lo que se llama una posición regresiva o también *pre* (preedípica, pregenital, bueno, *pre* algo...), la cual sería bien deseable, y de la que además uno podría sorprenderse, en este caso, de que no se la designe como *post*,<sup>1</sup> puesto que es para escabullirse del juego a la incidencia de la castración que el sujeto supuestamente se refugia allí...

Si yo intento este año esbozar ante ustedes una estructura que se anuncia como lógica, de una lógica azarosa, cuán precaria tal vez, y donde igualmente los trato con consideración al no dar demasiado rápido las formas en las cuales he podido confiarme en mis propios mamarrachos, sino intentando mostrarles lo accesible de una articulación, de tal tipo, bajo esta forma fácil que por último escogí entre otras, que consiste muy sencillamente en apropiarme de lo más inconmensurable que hay en el *Uno*, es decir, el número de oro, y esto con el único fin de hacerles tangible hasta qué punto por tal camino, donde, se los repito, no pretendo ni darles los pasos definitivos ni tampoco haberlos hecho yo mismo, sino hasta qué punto es preferible tal camino, que garantiza con alguna verdad concerniente a la dependencia del sujeto, en vez de entregarse a esos penosos ejercicios que son los de la prosa analítica común y que se distinguen en esas especies de subterfugios, de rodeos insensatos, que parecen siempre necesarios para dar cuenta de ese juego de posiciones libidinales: la puesta en ejercicio de toda una población de entidades subjetivas que ustedes bien conocen y que deambulan por doquier. El Yo, el Ideal del Yo, el Superyó, el ello incluso [*le ça voire*]<sup>2</sup>, sin contar lo nuevo, lo refinado, que puede agregarse, distinguiendo el Yo Ideal del Ideal del Yo, acaso todo ello no lleva en sí mismo... (como ocurre en la literatura anglosajona desde hace algún tiempo), hasta a adjuntar ahí el *self* que, por ser manifiestamente adjuntado ahí para remediar esa multitud ridícula, no fracasa menos por no representar, de la manera como es manejado, más que una entidad suplementaria.

---

<sup>1</sup> Sizarot: "que sólo se la designa *post*".

<sup>2</sup> Homofonía con *le savoir*: el saber [T.].

Entidades, seres de razón siempre inadecuados a partir del momento en que hacemos entrar en juego, de una manera correcta, la función del sujeto nada más que como lo que es representado por un significante ante otro significante.

En ningún caso el sujeto es una entidad autónoma. Sólo el nombre propio puede darle esa ilusión. Es mucho decir que el yo [*je*] sea sospechoso (¡les hablo hace tanto de eso, que ya no debe serlo!). Precisamente, no es sino ese sujeto que, como significante, *yo* representa para el significante *camino*, por ejemplo, o para la pareja de significantes *la cierro*: ¡“yo la cierro”!

Sienten ustedes que si tomé esta fórmula es para evitar la forma pronominal “yo me callo” que, seguramente, comenzaría a llevarnos bastante lejos si nos planteáramos la pregunta de lo que quiere decir el *me*, en tal forma así como en muchas otras. Y verían hasta qué punto su acepción pretendidamente refleja se despliega en un abanico que no permite darle alguna consistencia en ningún grado. Pero, por supuesto, no me extenderé en ese sentido, que aquí es sólo una recordación.

... Hay pues una función, una función subjetiva que se llama la castración, y sobre la que debe recordarse que no puede dejar de ser sorprendente que nos la den (y esto nunca antes, quiero decir, antes del psicoanálisis, ha sido dicho), que nos la den como esencial para el acceso a lo que se llama lo “genital”. Si esta expresión fuera apropiada hasta el último quilate (quiero decir que no lo es), uno podría maravillarse de ese algo que, entonces, se expresaría así: que (digamos... en fin, cómo se presentaría eso si se lo aborda desde afuera, ¡y en últimas aún estamos ahí!...), que el *paso al fantasma* del órgano es, en cierta función –seguramente privilegiada a partir de entonces, la genital precisamente–, necesaria para que la función se cumpla. No veo aquí manera alguna de salir del atolladero sino decir... y un psicoanalista, de notable importancia en la topografía política, hizo uso de ese medio, quiero decir, que en medio de una frase, sin siquiera darse cuenta bien del alcance de lo que dice, nos afirma que en últimas la castración... pues bien, ¡es un sueño! Esto, empleado en el sentido en que son historias de enfermo...

Pero no es así. La castración es una estructura, como lo recordaba hace poco, subjetiva, absolutamente esencial precisamente para que algo del sujeto, por muy escaso que sea, entre en este asunto que el psicoanálisis etiqueta: “lo genital”.

Debo decir que yo pienso haber aportado una pequeña hendidura para esta sin salida, creo haberle, como se dice, cambiado algo a eso, por cuanto que, Dios mío, no hace mucho tiempo,

hace cuatro o cinco de nuestros encuentros, introduje el comentario de que en esta función de lo "genital" sólo podría tratarse de la introducción del *sujeto* (si es que acaso sabemos qué queremos decir cuando llamamos a eso genital). Es decir, del paso de la función al *acto*. Y el interrogar si ese acto merece llamarse acto sexual (¿no hay?... ¿hay?... *Chi lo sa?* Hay, tal vez ... Algún día sabremos si hay un acto sexual), si –acaso voy a comentar–, el sexo (el mío, el tuyo, el suyo) reposa en la función de un significante capaz de operar en este acto.

Sea como sea, no podría uno evadirse de ninguna manera de esto, afirmado no solamente por la doctrina sino que lo encontramos en todas las vueltas de nuestra experiencia: que solamente es capaz de operar en el sentido del acto sexual (hablo de algo que se le parezca y que no sea –es a lo cual voy a intentar referirme hoy, introducir, propiamente hablando, ese registro– a saber, la perversión), solamente es capaz de operar de una manera que no sea falible, el sujeto, digamos, *castrado*, y –repetimos al igual que los diccionarios (un sentido a agregarle a la palabra castrado)– *por administración*<sup>3</sup> (expresarse así no es llegar lejos), *por administración* con ese complejo al que se llama complejo de castración. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que uno esté “acomplejado”, sino muy al contrario (como toda literatura digna de ese nombre, psicoanalítica –quiero decir: no las habladurías de la gente que no sabe lo que dice–, lo cual le sucede aún a las más Altas Autoridades), esto quiere decir claramente en toda la literatura analítica sana, que uno está, diría yo, *normatizado* respecto al acto sexual. Esto no quiere decir que uno lo logre. ¡Por lo menos quiere decir que uno va por el buen camino!

En fin, *norma* tiene un sentido muy preciso en la superación de la geometría lineal hacia la geometría métrica. En resumen, se entra en cierto orden de medida, que es el que intento evocar con mi número de oro, que aquí, lo repito, sólo es por supuesto metafórico; redúzcanlo al término de lo inconmensurable más espaciado posible respecto al Uno.

Entonces, el complejo de castración (lo digo, Dios mío, espero no tener que decirlo sino para los oídos novatos) no podría contentarse de ninguna manera con el soporte de la historieta del tipo Papá dijo “Te la vamos a cortar... si pretendes suceder a tu padre”. Primero, porque la mayor parte del tiempo (como, por supuesto, todo el mundo desde hace mucho tiempo pudo darse cuenta, en lo que concierne a esta historieta, a este menudo intento), fue Mamá quien lo dijo. Ella lo dijo en el momento preciso en que Juan o Juanito, en efecto, sucedía a su padre, pero

---

<sup>3</sup> “Trabajo remunerado que cobra los precios reales”: al destajo.

en esa módica medida: que él se manoseaba tranquilamente en una esquina, ¡tranquilo como Bautista!, que se manoseaba su cosita... ¡evidentemente, como ya lo había hecho papá a su edad!

¡Esto nada tiene que ver con el complejo de castración! Es una historiecilla que no se vuelve más verosímil porque la culpabilidad con la masturbación se vuelva a encontrar en cada una de las vueltas de la génesis de las perturbaciones con las que tenemos que vérnosla.

No basta con decir que la masturbación nada tiene de fisiológicamente nocivo y que su importancia la adquiere por su lugar en una cierta economía, subjetiva, diríamos nosotros, precisamente. Y hasta diremos, como lo recordé alguna de estas últimas veces, que su valor puede ser un valor hedónico perfectamente claro, puesto que, como lo recordé, puede ser llevado hasta el ascetismo. Y que tal filosofía puede constituir –a condición, por supuesto, de acompañar su práctica con una conducta total coherente–, puede constituir un fundamento de su bienestar. Recordar a Diógenes, para quien no solamente era familiar, sino que la promovía como ejemplo de la manera como convenía tratar lo que termina siendo, en esta perspectiva, el poco excedente de un cosquilleo orgánico: *titillatio*. Hay que decir que esta perspectiva es más o menos inmanente a toda posición filosófica y hasta usurpa un cierto número de posiciones que pueden calificarse de religiosas, si consideramos el retiro del eremita como algo que, por sí mismo, la implica.

Esto sólo empieza a ser interesante –en este caso, entonces, su valor culpable–, allí donde se esfuerza uno en alcanzar el acto sexual. Entonces, aparece que el goce, buscado en sí mismo, de una parte del cuerpo y que juega un rol... (digo “que juega un rol”, porque nunca hay que decir que un órgano está hecho para una función; se tienen órganos... les digo eso... si generalizan un poco, si de cuando en cuando se hacen los mejillones<sup>4</sup> u otra bestia y si intentaran reflexionar: qué pasaría si estuvieran ustedes en lo que puede uno apenas llamar su piel; comprenderían entonces bastante rápido que no es la función la que hace el órgano sino el órgano el que hace la función; pero bueno, es una posición que va demasiado contra el oscurantismo llamado transformista en el que estamos inmersos, como para que insista en ello. Si no quieren creerme, vuelvan a la corriente principal).

Entonces, resulta totalmente fuera de lugar alegar, según la tradición moralizante... bueno, según la manera como se lo explica en *La divina comedia*,<sup>5</sup> que la masturbación es culpable y

---

<sup>4</sup> los zoquetes, los tontos [T.].

<sup>5</sup> Dante, *La divina comedia*, “Purgatorio”, ¿XXV?

hasta un pecado grave, porque no solamente eso aleja un medio de su fin... (siendo el fin la producción de cristianitos, hasta –vuelvo a ello aún cuando esto haya escandalizado, lo dije la última vez–, hasta pequeños proletarios...), pues bien, ya sea llevar un medio al rango de fin, esto nada tiene que ver con el asunto tal como hay que plantearlo, puesto que se trata de la norma de un acto, tomado en el sentido pleno que recordé de esa palabra *acto*, y que nada tiene que ver eso con los rechazos reproductivos que puede esto tomar, a fines de perpetuación del animal.

Por lo contrario, debemos situarlo respecto al paso del sujeto a la función de significante, en ese lugar preciso y enteramente por fuera del campo ordinario en donde nos encontramos cómodos con esa palabra *acto*, que se llama ese punto problemático que es el acto sexual.

Que el paso del goce, allí donde puede ser captado, sea... –por tal interdicción (para atenernos a una palabra utilizada), a una cierta negativación (para ser más prudentes y poner en suspenso el hecho de que tal vez uno podría llegar a formularla de una manera más precisa)–, que ese paso, en todo caso, tenga la más manifiesta relación con la introducción de este goce a una función de *valor*, es algo que en todo caso puede decirse sin ser imprudente.

Que la experiencia –una experiencia, también, en la que, si puede decirse, una cierta empatía de oyente no sea ajena– nos anuncie la correlación de ese paso de un goce a la función de un valor, es decir, su profunda adulteración, la correlación de esto con... (no tengo razón alguna para evitar lo que aquí da la literatura porque, como acabo de decírselo, ahí no hay más acceso que empático; esto tendrá que ser purificado en un segundo momento pero, bueno, no se impide uno ese acceso, tampoco aquí, cuando nos hallamos en terreno difícil)... entonces: tenga la más estrecha relación –esta *castración*– con la aparición de lo que se llama el *objeto* en la estructura del orgasmo, en tanto que –lo repito, todavía estamos en la empatía–, es ubicado como distinto de un goce, ¡ah!, ¿cómo vamos a llamarlo...? ¿“autoerótico”...? es una concesión... *masturbatorio*, ¡y eso es todo! dado lo que está en cuestión, es decir, un órgano, y muy preciso.

Porque, como el autoerotismo... ¡Dios sabe lo que ya se ha hecho y lo que se va a hacer con eso! Y como ustedes saben que es justamente eso lo que está en cuestión, a saber, que este autoerotismo que en efecto tiene aquí–que podría tener– un sentido del todo preciso, el del goce local, y manejable, como todo lo que es local, ¡pronto haremos con eso el baño oceánico dentro del cual vamos a poder ubicar todo eso! Como se los dije, quienquiera, quienquiera que funde cualquier cosa en la idea de un narcisismo primario, y parta de ahí para engendrar lo que sería el investimento del objeto, es bien libre de continuar (puesto que con eso es que funciona el

psicoanálisis a través del mundo como industria culpable) pero, así mismo, puede estar seguro de que todo lo que artículo aquí está hecho para repudiarlo enteramente.

¡Bueno! Dije, entonces, admití, hablé, de un objeto presente en el orgasmo. ¡No hay nada más fácil, desde ahí, que huir –y por supuesto no dejamos de hacerlo–, hacia la mojiganga de la persona! “Cuando copulamos, nosotros que sí hemos llegado a la madurez genital, reverenciamos la persona”: así se expresaba hace 25 o 30 años, especialmente en el círculo de los psicoanalistas franceses, que, en últimas, tienen su interés claro en la historia del psicoanálisis. Sí... ¡Pues bien! Nada es menos seguro; porque, precisamente, plantear el asunto del objeto interesado en el acto sexual es introducir el asunto de saber si este objeto es el Hombre o bien *un* hombre, la Mujer o bien *una* mujer.

En resumen, por eso interesa introducir la palabra “acto”, abrir la pregunta, que bien vale en últimas ser abierta –porque ciertamente es a través mío, que<sup>6</sup> la hago circular entre ustedes–, de saber si en el acto sexual (en la medida en que para ninguno de ustedes esto haya ocurrido...), si un acto sexual tiene relación con el advenimiento de un significante que represente al sujeto como sexo ante otro significante; o si eso tiene el valor de lo que llamé, en otro registro, el *encuentro*, a saber, ¡el encuentro único! Aquel que, una vez que ocurre, es definitivo.

De todo eso, naturalmente, se habla. Se habla... y eso es lo grave, se habla livianamente.

En todo caso, señalar que ahí hay dos registros distintos –a saber, si en el acto sexual el hombre llega hasta el Hombre en su estatuto de hombre, y la mujer igual–, es una pregunta muy diferente a saber si uno ha encontrado, sí o no, a su compañero definitivo. Puesto que de eso se trata cuando se evoca el encuentro. ¡Curioso!... Curioso que entre más los poetas lo evocan, menos sea eficaz, para la conciencia de cada cual, como pregunta.

Que sea la persona, en todo caso, ¡es algo que puede hacer sonreír dulcemente a quien quiera que tenga una ligera idea del goce femenino!

Ahí hay seguramente un primer punto muy interesante que debe destacarse, como introducción a toda pregunta que puede plantearse sobre lo que concierne a lo que se llama la sexualidad femenina. Cuando de lo que se trata es precisamente de *SU goce*.

Hay una cosa muy cierta y que vale la pena subrayarse: que el psicoanálisis, sin una pregunta tal como acabo de producirla, torna incapaces a todos los sujetos instalados en su experiencia, y particularmente a los psicoanalistas, de enfrentarla en lo más mínimo.

---

<sup>6</sup> “no soy yo quien” [Sizaret].

Los machos... pruebas se han dado, de manera sobreabundante, de que esta pregunta por la sexualidad femenina nunca ha dado un paso que sea serio, cuando proviene de un sujeto aparentemente definido como macho por su constitución anatómica. Pero lo más curioso es que las psicoanalistas mujeres, manifiestamente, al aproximarse a ese tema dan todos los signos de un desfallecimiento que lo único que sugiere es un hecho: ¡que están absolutamente aterrorizadas por lo que podrían tener para formular al respecto!

De suerte que no parece posible que el asunto del goce femenino, de aquí a una fecha próxima, pueda ser verdaderamente estudiado, puesto que este, Dios mío, es el único lugar en donde se podría decir algo serio al respecto. Por lo menos, al evocarlo así, sugerirle a cada cual – y especialmente a lo que puede tener de femenino este grupo reunido aquí en tanto oyentes–, que nos basta con ubicar el hecho de que uno pueda expresarse así, respecto al goce femenino, para inaugurar una dimensión que –aún si no le entramos a falta de poder hacerlo–, es absolutamente esencial para situar todo lo que tenemos que decir por lo demás.

El objeto entonces, ¡no está en absoluto dado en sí mismo por la realidad del partenaire! Quiero decir, el objeto interesado por la dimensión normatizada, llamada genital, del acto sexual. Está mucho más cerca –en todo caso es el primer acceso que se nos da– de la función de la detumescencia.

Decir que hay complejo de castración es, precisamente, decir que la detumescencia no basta de ninguna manera para constituirlo. Esto es lo que nos tomamos el cuidado, con cierta pesadez, de afirmar primero; ahora, por supuesto, este hecho experiencia: que no es lo mismo copular que hacerse la paja<sup>7</sup>.

¡No por ello debe descuidarse esta dimensión que hace que el asunto del valor de goce se agarre, tome su punto de apoyo, su punto pivote, allí donde detumescencia es posible! Porque la función de la detumescencia... independientemente de lo que hayamos de pensar en el plano fisiológico, campantemente abandonado por supuesto por los psicoanalistas, quienes no han aportado en eso ni una mínima luz clínica nueva, que no esté ya en todos los manuales, respecto a la fisiología del sexo, quiero decir, que no anduviera rodando ya por todas partes antes de que el psicoanálisis llegara al mundo... ¡Pero qué importa! esto sólo refuerza lo que está en cuestión, a saber, que la detumescencia sólo está ahí para su utilización subjetiva, en otras palabras: para recordar el límite llamado del principio del placer.

---

<sup>7</sup> *se branler*: expresión más coloquial para “masturbarse” [T.]

La detumescencia, por ser la característica de funcionamiento del órgano peneano, particularmente en el acto genital –y justamente en la medida en que lo que soporta de goce es puesto en suspenso–, está ahí para introducir, legítimamente o no (cuando digo legítimamente quiero decir como algo real; o como una dimensión supuesta), esto: QUE HAY GOCE MÁS ALLÁ. Que el principio del placer aquí funciona como límite en el borde de una dimensión del goce en cuanto está sugerida por la conjunción llamada *acto sexual*.

Todo lo que nos muestra la experiencia, lo que se llama eyaculación precoz, y que más valdría llamar –en nuestro registro– *detumescencia precoz*, da lugar a la idea de que la función –la de la detumescencia–, puede representar en sí misma el negativo de cierto goce. De un goce que es precisamente éste, y la clínica no hace sino mostrárnoslo en demasía: de un goce que es... ante el cual el sujeto se rehúsa, hasta el sujeto se escabulle, por cuanto precisamente este goce como tal es demasiado coherente con esta dimensión de la castración, percibida, en el acto sexual, como amenaza. Todas esas precipitaciones del sujeto respecto a este más allá nos permiten concebir que no deja de tener fundamento que en esos tropiezos, esos lapsus del acto sexual, se demuestra precisamente de qué se trata en el complejo de castración, a saber, que la detumescencia es anulada como bien en sí mismo, que es reducida a la función de protección más bien, contra un mal temido, ya sea que lo llamen goce o castración, ella misma como un mínimo mal y, a partir de ahí, que entre más pequeño es el mal, más se reduce, más perfecto es el refugio. Tal es el resorte que palpamos clínicamente en las curas de todos los días, de todo lo que puede ocurrir bajo las diversas modalidades de la impotencia, especialmente en tanto que se centran en torno a la eyaculación precoz.

Entonces, no hay goce, en todo caso localizable, sino del cuerpo propio. Y lo que está más allá de los límites que le impone el principio del placer, no es azar sino necesidad, que, al no hacerlo aparecer sino en esta coyuntura del acto sexual, lo asocia tal cual a la evocación del correlato sexual, sin que podamos decir más al respecto.

En otras palabras, para todos los que tienen ya el oído abierto a los términos usuales en el psicoanálisis, es en ese plano, y sólo en ese, que Tánatos puede hallarse de alguna manera en conexión con Eros. Es en la medida en que el goce del cuerpo –digo del cuerpo propio, más allá del principio del placer– se evoca, y no se evoca por lo demás sino en el acto, en el acto precisamente, que introduce un agujero, un vacío, una hiancia, en su centro, en torno a lo que es localizado en la detumescencia hedonista; es a partir de ese momento que se plantea la



posibilidad de la conjunción de Eros y de Tánatos. Es a partir de ahí que se concibe el hecho, y no es una burda elucubración mítica, de que en la economía de los instintos el psicoanálisis haya introducido lo que no por azar designa con esos dos nombres propios.

¡Pues bien, ven ustedes que todo eso es girar en derredor! ¡Sabe Dios, sin embargo, que yo meto la ficha para que no sea así! ¡Hay que pensar entonces que si aún estamos ahí, en derredor, es porque no es fácil entrar!

Por lo menos, podemos retener, recoger, estas verdades: que el encuentro sexual de los cuerpos no pasa, en su esencia, por el principio del placer.

No obstante, que para orientarse en el goce que implica (digo: que implica, *supuesto*, porque orientarse allí no quiere decir haber entrado ya, pero es muy necesario orientarse allí)... para orientarse allí, [el encuentro sexual] no tiene otro punto de referencia que esa especie de negativación que recae en el goce del órgano de la copulación, en la medida en que es el que define el presunto macho, a saber: el pene. Y que es de ahí que surge la idea (estas palabras son escogidas), que surge la idea de un goce del objeto femenino. ¡Dije que surge la idea, y no el goce, por supuesto! Es una idea. Es subjetivo. Sólo que, lo curioso, y que el psicoanálisis afirma (salvo que, por no expresarlo de una manera lógicamente correcta, naturalmente, nadie se da cuenta de lo que quiere decir eso, de lo que implica eso), ¡es que el goce femenino mismo solamente puede pasar por el mismo punto de referencia! ¡Y que eso es lo que en la mujer se llama complejo de castración! Es justamente por eso que el sujeto-mujer no es fácil de articular y que en cierto nivel les propongo el *hombre-ella*; eso no quiere decir que toda mujer se quede ahí, justamente; hay mujer en alguna parte... *odor di femina*... ¡pero no es fácil de hallar! ¡Quiero decir: poner en su lugar! Puesto que, para organizar allí un lugar, se necesita esta referencia cuyos accidentes orgánicos hacen que no se lo halle [el punto de referencia] sino en aquel que se llama –anatómicamente– el macho. Solamente a partir de ese suspenso planteado sobre el órgano macho puede hallarse orientación para ambos, el hombre y la mujer; [solamente así] la función en otras palabras, adquiere su valor de ser, respecto a ese agujero, esa hiancia del complejo de castración en una posición invertida.

Una inversión, es un sentido. Antes de la inversión ¡puede que no haya sentido alguno subjetivable! Y, en últimas, es tal vez por eso que hay que informar del hecho, no obstante sorprendente, del que les hablé hace poco, a saber: que las psicoanalistas no nos han enseñado

nada más de lo que los psicoanalistas habían sido capaces de elucubrar sobre su goce. ¡Es decir, poca cosa!

A partir de una inversión hay una orientación y por poco que sea, si es todo lo que puede orientar el goce comprometido, en la mujer, en el acto sexual, pues bien, se entiende que hasta nueva orden tengamos que contentarnos con eso.

En suma, esto nos deja en un punto que tiene su característica. Diremos que, en lo que concierne al acto sexual, lo que puede formularse actualmente al respecto es la dimensión de lo que se llama, en otros registros, la *buena intención*. Una intención recta, concerniente al acto sexual; eso es lo que puede formularse, por lo menos en el punto en que estamos; eso es lo que razonablemente, en los dichos de los psicoanalistas, con lo que razonablemente podemos... con lo que debemos contentarnos.

Todo esto está muy bien expresado en el mito, el mito fundamental. Cuando se dice que el Padre, el padre original “goza de todas las mujeres”, ¿quiere decir esto que las mujeres gozan aunque sea un poquito? El sujeto se deja intacto. Y es no solamente con una intención humorística que lo evoco en este punto. Es que, ya lo verán, ¡ese es un asunto clave!

Quiero decir, que todo lo que voy a tener para articular, digo, en nuestro próximo encuentro, respecto a lo que voy a retomar, a saber, lo que dejé abierto la última vez: que si tuviéramos que dejar desierto y vacío el campo central, el del Uno, el de la unión sexual –por cuanto resulta ligeramente escabullirse la idea de un proceso, independientemente de cuál sea, de partición, que permita fundar lo que se llama los “roles” , y que llamamos, nosotros, los significantes del hombre y de la mujer– que si aquello en cuyo umbral los dejé la última vez, a saber, una conjunción muy diferente: la del Otro, del gran Otro, en el registro, en cuyas tablillas<sup>8</sup> se inscribe toda esta aventura –y les dije que ese registro y esas tablillas no eran más que el cuerpo mismo–, que esa relación del Otro, del gran Otro, con el *partenaire* que le queda, a saber, aquello de donde partimos –y que no por nada llamé *a minúscula*–, a saber, la sustancia de ustedes, su sustancia de sujeto, por cuanto que, en tanto sujeto, no tienen ninguna, salvo este objeto caído de la inscripción signifiante; salvo lo que hace que ese *a minúscula* sea esa especie de fragmento de pertenencia del A mayúscula, paseándose, es decir, ustedes mismos, que están justamente aquí como presencia subjetiva, pero que apenas haya yo terminado, mostrarán

---

<sup>8</sup> La palabra *tablette* permite expresiones como “métase eso en la cabeza (*tablette*)”, “borrar de la lista (*tablette*)”, o “no contar ya con algo” [T.]

claramente su naturaleza de objeto... *a minúscula*,<sup>9</sup> ¡en el aspecto de gran barrida que tomará enseguida esta sala!

Pues bien, dejaré en suspenso la pregunta por lo que concierne al objeto fálico. Porque se requiere –y ésta es una necesidad que no sólo se me impone a mí–, que lo despoje de la manera como se lo soporta como objeto. Todo esto, justamente, para darme cuenta de que él mismo no está soportado.<sup>10</sup> Esto es lo que quiere decir el complejo de castración: ¡no hay objeto fálico!

Esto es lo que nos entrega nuestra única posibilidad, justamente, de que haya acto sexual.

¡No es en torno a la castración sino al objeto fálico que es el efecto del sueño, que fracasa el acto sexual!

No hay más bella ilustración para hacer sentir lo que estoy articulando, que la que se nos da en el Libro Sagrado, en el Libro único, en la Biblia misma. Y si se han vuelto sordos a su lectura, vayan al nártex de lo que se llama la Iglesia de San Marcos en Venecia, en otras palabras: la capilla ducal,<sup>11</sup> no es más; pero su nártex vale el viaje. En ninguna parte puede ser expresado con mayor relieve, en imagen, lo que hay en el texto del Génesis. Y, entre otras, verán allí, debo decir que sublimemente magnificada, lo que llamaré esta “idea infernal” de Dios cuando del Adán-Kadmon,<sup>12</sup> de aquel que puesto que era Uno tenía entonces que ser los dos (era el hombre en sus dos caras, macho y hembra), “¡Está bien, se dice Dios [risa], que tenga una compañera!”. Lo cual no sería nada aún si no viéramos que para proceder a esta adjunción –tanto más extraña cuanto que parece que hasta entonces, el Adán en cuestión, figura hecha de barro rojo, se las había arreglado muy bien sin ella–, Dios *aprovecha de su sueño* para extraerle una *costilla* de donde moldea, se nos dice ¡a la Eva primera!

¿Acaso puede haber allí una ilustración más cautivante de lo que introduce, en la dialéctica del acto sexual, ese hecho de que, el hombre, en el momento preciso en que viene, suplementario, a marcarse en él la intervención divina, resulta en adelante tener que vérselas, en tanto objeto, con un pedazo de su propio cuerpo?

¿Todo lo que acabo de decir –la ley mosaica misma, e igualmente tal vez el acento que le pone allí el subrayar que ese pedazo *no es el* pene, puesto que, en la circuncisión es en cierto

<sup>9</sup> ¿Acaso habría que escuchar aquí: “montoncito”, “pilita”, (*petit tas*)? [A notar la homofonía *petit a* / *petit tas*. T.]

<sup>10</sup> “no está ahí debajo, no está soportado” [Dorgeuille].

<sup>11</sup> *dogale*, del italiano *doge*. Palabra veneciana para la latina *dux, ducis*, duque [T.]

<sup>12</sup> Adán-Kadmón [*Adam-Kadmon*] (hombre arquetípico, primordial): en la doctrina de Isaac Luria y de los cabalistas, primera figura de la luz divina que se desprende de la esencia del *Ein Sof*, el dios oculto. Cf. G. Schholem, *Les grands courants de la mystique juive*, traducción al francés por Payot, 1973.

modo sajado, por estar marcado por ese signo negativo—, acaso no está ahí para hacer surgir ante nosotros lo que hay, diría yo, de puerta perversa en la instauración, en el umbral de lo que concierne al acto sexual, de ese Mandamiento: “*Serán una sola carne*”?

Esto quiere decir que en un campo interpuesto entre nosotros y lo que pasaría, lo que podría pasar, con algo que tendría nombre: el acto sexual, en tanto que el hombre y la mujer se hacen valer allí el uno por el otro, antes —y es necesario saber si ese espesor es atravesable—, estará la relación autónoma del cuerpo con algo que está separado de éste, después de haber hecho parte.

Tal es lo enigmático, el umbral agudo donde vemos la ley del acto sexual en su dato crucial: que el hombre castrado pueda ser concebido como nunca pudiendo alcanzar más que ese complemento en el cual puede equivocarse, ¡y sabe Dios si no deja de hacerlo!, al tomarlo como complemento fálico.

Planteo hoy, terminando mi discurso, este asunto: que no sabemos aún cómo designar ese complemento. Llamémoslo *lógico*.

La ficción de que ese objeto sea Otro,<sup>13</sup> requiere seguramente del complejo de castración.

No hay por qué sorprendernos de que se nos diga —de que se nos diga en los pormenores [à-côtés]<sup>14</sup> míticos de la Biblia —esos pormenores, curiosamente, que se pueden hallar en las breves adiciones marginales de los rabinos—, que se nos diga que algo que tal vez sea justamente la mujer primordial, aquella que estaba ahí antes de Eva y que ellos llaman (digo: los rabinos; ¡no soy yo quien me meto en esos cuentos!), y que ellos llaman Lilith,<sup>15</sup> que sea ella tal vez quien, en forma de serpiente y por la mano de Eva, haga presentar a Adán... ¿qué? ¡La manzana! ¡Objeto oral y que, tal vez, solamente esté ahí para despertarlo al verdadero sentido de lo que le sucedió mientras dormía! En efecto, es justamente así como se toman las cosas en la Biblia. ¡Puesto que se nos dice que, a partir de ahí, él entra por primera vez en la dimensión del saber!

Justamente por esta dimensión del saber el efecto del psicoanálisis es este: que hayamos ubicado allí, por lo menos bajo dos de sus formas mayores, y puede decirse que también bajo las otras dos —aún cuando el vínculo todavía no se haya hecho—, cuál es la naturaleza y la función de este objeto enteramente concentrado en esta manzana. Solamente por ese camino puede ser que

---

<sup>13</sup> “otro” [Sizaret].

<sup>14</sup> Puntos accesorios de un asunto, pormenores, provechos accesorios o extras. Literalmente: “al-costado”, “al-costillas” y, por supuesto “a-costillas”: ¿acotamientos? [T.]

<sup>15</sup> Cfr. Scholem Gershom, *La kabbale* 1974, traducción al francés de Ediciones du Cerf, 1998, compilación donde se consagra un capítulo a Lilith.

lleguemos a precisar mejor, y justamente por una serie de efectos de contraste, lo que concierne a este objeto, el objeto fálico, sobre el que dije que era necesario, para articularlo por último, que lo despoje primero.

Traducción: Pio Eduardo Sanmiguel Ardila  
Colaboraron en la revisión de la traducción y de esta versión en español:

Álvaro Daniel REYES G., Arturo de la Pava O., Belén del Rocío MORENO C., Carmen Lucía DÍAZ L., Eduardo ARISTIZÁBAL C., Javier JARAMILLO G., Mario Bernardo FIGUEROA M., Pilar GONZÁLEZ R., Tania ROELENS H.

Esta traducción continúa su marcha; así que, cualquier duda, comentario y/o precisión serán bienvenidos; comuníquelos, por favor, a la siguiente dirección electrónica:

[pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com](mailto:pioeduardo.sanmiguelardila@gmail.com)